BRIO ALFUNDA

# LA TRISTEZA DE LA CUMBRE DRAMA EN TRES ACTOS Y EL CORAZON DEL PUEBLO COMEDIA EN DOS ACTOS

# LA TRISTEZA DE LA CUMBRE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE

ALONSO A. BRITO

Esta obra fué laureada con el primer premio de medalla de oro en el concurso centroamericano de dramas, abierto por el diario "El Imparcial", de San José de Costa Rica, en 1917.

## PERSONAJES

●

*DOÑA MARIA* ..... *(Viuda honorable de 60 años).*

*ROSBELIA* ..... *(24 años.—Hija de doña María).*

*JULIA*

*SOFIA* ..... *(Las dos de 22 a 25 años.—Condiscípulas, en la infancia, de Rosbelia).*

*DON GREGORIO* ..... *(60 años.—Banquero).*

*GREGORITO* ..... *(Petimetre ignorantón, hijo de Don Gregorio).*

*CLAUDIO* ..... *(25 años.—Poeta romántico).*

*LICENCIADO PEREZ* .... *(50 años.—Rábula).*

*IVAN*

*RENE* ..... *(Los dos, compañeros e íntimos amigos de Claudio).*

EPOCA ACTUAL

LA ACCION EN UNA CIUDAD CENTROAMERICANA.

# ACTO PRIMERO

••

*Sala de lujo. En la pared dos o tres cuadros grandes representando paisajes. En una mesa cuadros pequeños.*

*Al levantarse el telón aparecen en escena don Gregorio, Gregorito, el Licenciado Pérez, doña María y René, contemplando uno de los cuadros que están en la mesa. Es de noche.*

DON GREGORIO.—¡Bello paisaje, digno de una verdadera artista! ¡Con qué naturalidad se ve rielar la luna en las tranquilas aguas de ese lago! (Al Lic. Pérez) Observe usted, Licenciado, observe usted cuánta poesía habla en esta tela.

LIC. PÉREZ.—Aunque soy profano en el arte, declaro que el pincel de Rosbelia encanta, subyuga, y, casi puedo decir, que aprisiona. (A René) No le parece a usted, joven Bustillo, a usted que siente mejor que nosotros en asuntos de belleza.

RENÉ.—Y que me enorgullezco como ninguno de los triunfos de mi Patria, porque Rosbelia es ya una de nuestras glorias nacionales. Este cuadro fue el que obtuvo el primer premio en un concurso de paisajes en Milán. ¿Verdad, doña María?

DOÑA MARÍA.—Es cierto. Recuerdo que usted fué el primero que me dió tan buena noticia y me trajo el periódico en que se elogiaba a mi niña. No se imaginan ustedes cuánto gozo producen en el corazón de una madre las alabanzas sinceras, como las de ustedes, en honor de una hija (suspirando). Y fuera mayor mi alegría si Francisco hubiera visto que sus esfuerzos han sido felizmente correspondidos. Pero no todo lo da Dios, y hay que conformarse con lo que su santa voluntad dispone. Mi pobre marido desde el cielo verá su recompensa.

DON GREGORIO.—Es de lo que vivo yo agradecido, porque mi deseo más profundo, era el de dejar a Gregorito una profesión,

si puede llamarse así, la de ser un perfecto comerciante, propietario de dos almacenes y miembro de la Banca.

GREGORITO.—Papá, también he sido diputado.

RENÉ.—(Con ironía. A Gregorito) Y recuerdo que en la última Asamblea demostró usted su talento al proponer la libre introducción del champaña por nuestras aduanas.

LIC. PÉREZ.—(A René) Y yo recuerdo también la ruda campaña que le hizo usted en contra desde las columnas de «La Barricada», aquel diario furibundo que tanto ruido metió en la prensa del país.

DOÑA MARÍA.—A mi esposo le gustaba mucho aquel periódico, tanto por los artículos enérgicos que publicaba, como por leer los sentimentales versos de Claudio Alfaro. A propósito, ¿qué se ha hecho su amigo, René?

RENÉ.—Claudio es ya sólo una sombra doliente. Vive como un bonzo en su casa, muriéndose del cuerpo y del alma. Hace pocos días lo visité y lo encontré escribiendo. Su estado me impresionó crueldísimamente, porque usted sabe, le quiero con vínculos fraternales. "Soy un candidato oficial al cementerio", —me dijo—; "pero antes de mis nupcias con la Muerte, la única novia que no olvida, terminaré este drama, que es un pedazo de mi vida".

DON GREGORIO.—¿Continúa ese joven escribiendo amarguras y mojando la pluma en lágrimas?

RENÉ—Y en espíritu, que es sangre, como dijo Nietzche.

GREGORITO.—Como dijo *Nicho*.

LIC. PÉREZ.—(Este mozalbete sólo es *planchas*).

DON GREGORIO.—(Para que no intervenga en la conversación, le dice a su hijo, indicándole los cuadros que adornan las paredes de la sala) Mira, Gregorito, contempla la belleza de esos paisajes de tu amiga de la infancia. (Gregorito se levanta y va a ver los cuadros. Don Gregorio continúa hablando con los demás) Nuestra juventud cantando sólo melancolías irá pronto al cementerio. Los jóvenes deberían dedicarse a algo más útil, más productivo, hablando en sentido económico. Los versos no dan el pan de cada día. (Al Lic. Pérez) ¿Qué fuera de usted, licenciado, si no tuviera profesión?

LIC. PÉREZ.—No sería el celoso abogado de los intereses de su casa, ni la sociedad me abriera sus puertas, ni fuera dueño de una hermosa finca, ni....

RENÉ.—(Interrumpiendo) Ni fuera digno consejero de don Gregorio de la Fuente. Así piensan ustedes los hombres de los medios prácticos, en esta época de bluff y de *chantaje*, de las grandes combinaciones de bolsas y de las que comercian hasta con la

honra de su Patria. Nosotros, los que amamos el ideal y la belleza, y que despreciamos el retintín del dinero por oír la música de un Verdi y los versos de un Darío, somos los eternos desamparados de la sociedad y del dólar; pero, eso sí, atesoramos en nuestro corazón inmensos caudales de honradez y de virtud.

DOÑA MARÍA.—Son los pájaros del bosque de la vida que con sus cantos embelesan las almas sentimentales.

GREGORITO.—(Por los cuadros, sentándose junto a don Gregorio) Buenos cuadros. Me gustan. Por Dios que me gustan.

RENÉ.—Pues bien, uno de esos pájaros que dice usted, doña María, uno de nuestros melifluos zorzales, Claudio Alfaro, se está muriendo de amor y.... de olvido....

DOÑA MARÍA.—¡El amor, la enfermedad de la juventud!

LIC. PÉREZ.—(Por Claudio) ¡Quién sabe que Diana cazadora habrá herido a ese cantor....!

DON GREGORIO.—¡Quién sabe que Diana cazadora no se ha dejado herir de ese cantor!....

(Entran de los aposentos interiores de la casa, Rosbelia, Julia y Sofía).

ROSBELIA.—Perdonen que les he hecho esperar, pero mamá debe haberme disculpado ya. (Todos se saludan dirigiéndose cumplimientos. Se sientan) Llegaron Julia y Sofía, y quisieron que les mostrara todo lo que traje de Italia.

RENÉ.—Principalmente modas.

JULIA.—(Sonriendo) No diga usted eso, René; las mujeres no solamente pensamos en vestirnos. De otras cosas hemos estado tratando.

LIC. PÉREZ.—Las señoritas de ahora tienen tántos asuntos entre manos, que nosotros, los profesionales, a pesar de nuestras múltiples ocupaciones, parecemos unos vagos en comparación de sus labores.

DON GREGORIO.—Pero labores dignas de su sexo.

SOFÍA.—(A don Gregorio) ¿Y de cuáles pensará usted?

DON GREGORIO.—De esas luchas que el sexo bello sostiene en otros países, en Inglaterra, por ejemplo.

ROSBELIA.—¡Ah, se refiere usted al feminismo! Es cierto, en Londres las mujeres han producido motines y su influencia va extendiéndose por toda Europa. En Italia ese ideal no ha tenido mucho entusiasmo, quizá por el carácter de las italianas, quienes, al fin latinas, se parecen en temperamento a las centroamericanas. Allá se lucha por el arte, por el honor, por la Patria.

GREGORITO.—Pues, viviendo yo en Italia, jamás soñaría con un triunfo.

DOÑA MARÍA.—Para todos da Dios, Gregorito; tal vez usted tiene dones reservados, que en otro ambiente serían descubiertos y podrían brillar....

RENÉ.—(Burlón) Algunas cualidades que conservará inéditas, como tesoro de avaro para hacer uso de ellas en casos fortuitos.

DON GREGORIO.—(Escamado) Mi hijo todo lo que posee está a la luz del día: capital, sentido económico y buena posición social.

LIC. PÉREZ.—Es decir, los triunfos de la época.

SOFÍA.—(Irónica) Sobre todo, el de tener dinero....

ROSBELIA.—Y cuando no se tiene un alma romántica....

RENÉ.—Una alma como la de usted, Rosbelia, llena de exquisito lirismo y de diafanidad celestial. Supiera cuánto he gozado espiritualmente contemplando la delicadeza y maestría de su pincel en esos cuadros.

DOÑA MARÍA.—(A Rosbelia) Eso hacían mientras te esperaban. Pero al paisaje que le han tributado más elogios, es al de la luna alumbrando la barca del pescador. Se los mostré por último para cerrar con broche de oro sus impresiones.

SOFÍA.—Pues yo creía que se referían, en momentos que entrábamos, a algún cuadro de Diana Cazadora.

JULIA.—Y de un cazador, si no oí mal.

DON GREGORIO.—Casi han acertado ustedes. (Desdeñosamente) Hablábamos de un poeta melancólico que se encuentra gravemente herido....

ROSBELIA.—¡Pobrecito!

SOFÍA.—¿Quién es?

JULIA.—¿Quién es?

DON GREGORIO.—No se alarmen ustedes; no me refiero a herida material. Se trata según el caballero (por René) de la pena pasional de un joven portalira, flechado por no sabemos quién....

RENÉ.—Se trata de un hermano mío: de Claudio Alfaro.

ROSBELIA.—(Sorprendida) ¡De Claudio Alfaro!

SOFÍA Y JULIA.—(Idem) ¡Del poeta Alfaro!

LIC. PÉREZ.—¿Las impresiona la noticia a ustedes?

JULIA.—Es que es un buen amigo de nosotras.

LIC. PÉREZ.—Lo que aqueja a ese joven es muy frecuente entre los individuos que se dedican a los pasatiempos amorosos....

RENÉ.—El alma de los poetas es una delicada flor de sentimientos, licenciado.

GREGORITO.—Yo conozco a Claudio; es un orgulloso que a nadie saluda. Las pocas veces que lo he encontrado en la calle, he tenido que bajarme de la acera para que pasara su majestad imperial.

ROSBELIA.— Su renombre lo habrá encumbrado demasiado. Con razón no ha venido ha verme, a pesar de que hace hoy ocho días de mi llegada. Apenas he sido favorecida con una tarjeta suya, que dice simplemente: «Claudio Alfaro».

RENÉ.—Claudio, Rosbelia, para usted es el mismo de siempre, el mismo amigo de la infancia, el mismo devoto de su belleza. Cuando le avisé que usted estaba próxima a llegar, ví brillar en sus ojos una luz de emoción, un relámpago de su cielo interior.... Como son tan buenos amigos....

DOÑA MARÍA.—A Claudio siempre se le ha estimado en esta casa, y mi marido elogiaba mucho su carácter acerado y su sentimentalismo poético. Pero desde hace algún tiempo le he visto muy decaído, con el semblante demacrado, como si sufriera un mudo tormento.

DON GREGORIO.—Tal vez será alguna enfermedad física incurable, que unida a la herida sentimental lo está matando lentamente.

RENÉ.—(Declamando) ¡No! Lo que lo abate, lo que lo maltrata, lo que lo está asesinando, es este medio ambiente cruel, es esta sentina social en que sólo tienen alto precio y buen aprecio los cerdos más robustos y cebados, los que darán la mejor grasa para la cocina de Sancho. Las almas luminosas, como la de Claudio Alfaro, pasan inadvertidas como si fueran míseros candiles. Y cuando ya se han apagado, porque la muerte les da su soplo fatal, entonces es cuando los de la sentina se vienen a dar cuenta de que aquellas luces ignoradas eran soles, regios soles que alumbraban en el cielo de la Patria!

IVÁN.—(Desde la puerta) ¡Un bravo! para el orador y muy buenas noches para todos.

ROSBELIA.—Pase usted adelante, Iván. (Iván da la mano a doña María, Rosbelia, Julia, Sofía y René. A don Gregorio, Lic. Pérez y Gregorito los saluda con una fría inclinación de cabeza. Se sienta. Rosbelia, dirigiéndose a Iván) Antes de todo, permítame rendirle los agradecimientos más sinceros por el inmerecido saludo que me dirige usted desde las páginas de su primorosa revista «Alma Lírica».

LIC. PÉREZ.—(Este es otro pajarito del bosque de doña María).

IVÁN.—No me agradezca usted nada, Rosbelia. Los más grandes encomios que se prodiguen a usted, resultarán muy pequeños ante sus brillantes aptitudes de artista y las límpidas cualidades de su persona.

ROSBELIA.—Gracias, Iván, gracias.

DOÑA MARÍA.—Mi hija ha sido bastante afortunada en su regreso al país. Desde el día de su llegada ha estado recibiendo numerosas tarjetas de bienvenida y felicitación. (A Julia y a Sofía) Ustedes son testigos de las muchas visitas que tuvimos el día siguiente de su ingreso. Los periódicos la han colmado de elogios, y algunos excitan al Gobierno para que establezca una Escuela de Pintura bajo la dirección de Rosbelia.

JULIA.—(A Rosbelia) Yo sería una de tus mejores alumnas, porque soy muy aficionada a ese arte.

SOFÍA.—La poesía, la música y la pintura, ha dicho no recuerdo quién, son las tres bellas pasiones que hacen amable la vida. Yo también sería una de tus alumnas.

GREGORITO.—Y el amor, ¿por qué lo deja usted fuera de esas bellas pasiones, Sofía?

LIC. PÉREZ.—(¡Vaya!.... hasta que dijo éste algo pasadero).

SOFÍA.—¡Ah, sí!, lo dejo sin incluirlo, quizá porque es indefinible....

DON GREGORIO.—Yo creo que en la vida todo tiene su definición.

RENÉ.—Sí, si tomamos esa palabra como sinónimo de *terminación*. (Subrayando la última palabra).

JULIA.—Como quieran ustedes; el caso es que Rosbelia será nuestra maestra de pintura, en la escuela del Gobierno o en su escuela particular.

DOÑA MARÍA.—En la escuela para sólo sus amigas, diga usted. La dirección de un establecimiento de obligaciones no aceptaría por ahora, por no contradecir los deseos de su padre. "Mientras tengas vivos a estos viejos" —le decía— "no permitiremos que hagas negocio de tu pincel". Y es que mi esposo ya predecía que los cuadros de Rosbelia serían muy admirados, porque desde niñita copiaba con asombrosa naturalidad los crepúsculos de nuestro cielo, la majestad de nuestras montañas, el encanto de nuestros valles. Entonces dispusimos mandarla a Italia, el país del arte, y resultó lo que el padre esperaba.

ROSBELIA.—Mi única pasión ha sido el arte.

RENÉ.—(Con intención) ¿Solamente esa ha sido su única pasión?....

ROSBELIA.—(Rehuyendo la respuesta) ¡Ah, sí, ya recuerdo!; ya sé lo que me quiere usted decir: la poesía es también uno de mis cultos. Cuando leo los versos de un Julio Flores, de un José Santos Chocano, de un Juan Ramón Molina, mi alma experimenta exquisiteces inefables. Pero hay en mí un gusto singular: los versos de hondas tristezas, los que se lamentan de amores irrealizables, los que expresan sufrimientos insignes, yo no sé por qué me sugestionan más, quizá debido a mi temperamento exageradamente sensible.

IVÁN.—Esa musa melancólica de que usted habla, es la compañera inseparable de uno de nuestros más sentimentales poetas: de Claudio Alfaro, de *El Gran Taciturno*, como ha dado en llamarse seudónimamente.

DOÑA MARÍA.—De él hablábamos hace poco, y nos ha impresionado lo que de su vida nos cuenta René.

DON GREGORIO.—(Y dale con el Claudio Alfaro. ¡Uf! que lata....)

IVÁN.—Acabo de estar en su casa y lo he encontrado mejorado. Me habló con animación de bellos proyectos para el porvenir; pero luego tenía transiciones de tristeza, quizá cuando, como una golondrina, se cruzaba por su mente un pensamiento de luto....

LIC. PÉREZ.—¿Estará completamente en la miseria ese joven?

IVÁN.—Claudio es pobre, pero sus pocos amigos, que lo queremos como a un hermano, le pagamos su colaboración literaria para acreditar con su firma nuestros periódicos. El jamás ha tendido la mano para pedir un favor. Su pluma de rebelde ha rechazado con altivez los ofrecimientos de los compradores del talento; y así vive, pobre, encerrado en su torre de marfil, pero con la honra inmaculada, santificado su nombre por el aprecio de las almas puras.

DON GREGORIO.—Luego, su tristeza, es la de todo enamorado no correspondido....

IVÁN.—La tristeza de Claudio no es una tristeza vulgar. ¡La tristeza de Claudio es la misma que manifiestan en su soledad las montañas, el mar en su vastedad, el cielo en sus crepúsculos, el alma en sus imposibles. Claudio ama con amor supremo, con amor comprendido y correspondido; pero en el sendero de su pasión hay un nidal de víboras que lo acechan para interrumpir o hacer fracasar su victoria.

LIC. PÉREZ.—(Escamado) A un individuo como el amigo de ustedes creo que nadie sea capaz de hacerle daños y perjuicios,

como decimos nosotros los abogados, sobre todo, conociendo la triste condición en que se encuentra. (Sonriendo hipócritamente) A los poetas se les combate con flores....

IVÁN.—La perversidad humana no respeta circunstancias ni atributos para lograr sus fines, y a falta de nobleza y de hidalguía, recurre a las armas más abyectas y cobardes. Hombres de elevada posición vemos rodando lujosos automóviles, derrochando caudales, apreciados por todo el mundo, codeándose con la élite, la *high life*, y tienen en su fondo la podredumbre de las manzanas del Mar Muerto.

DOÑA MARÍA.—Hay apariencias verdaderamente engañosas...

RENÉ.—(Con energía) ¡Hay muchos sepulcros blanqueados!

IVÁN.—La sociedad, en la mayor parte de los casos, es cómplice propagadora de tanta epidemia moral, porque ella acepta en su seno a individuos apestados, que disimulan la hediondez de sus úlceras con el perfume de una mentida virtud. Sólo los grandes seres pasan inadvertidos, embriagados en la fragancia de sus almas e iluminados por la luz de su propio pensamiento. Uno de esos seres radiosos, es Claudio.

DON GREGORIO.—Se conoce que ustedes lo quieren muchísimo, por las alabanzas múltiples que hacen de él.

ROSBELIA.—Así deben ser los amigos: sinceros defensores de sus mutuos merecimientos.

RENÉ.—Mucho más cuando se trata de defender el honor y el talento, escarnecidos y ultrajados en esta época de los Sanchos del dólar.

IVÁN.—(Enérgico) Es decir, cuando se trata de una lucha entre ustedes y nosotros....

DON GREGORIO.—(Sulfurado) ¡Caballeros!....

RENÉ.—(Poniéndose de pies. Expectación de todos) ¡Basta ya de contemporizaciones! ¡Ha sonado para ustedes la hora de la denunciación! (Don Gregorio, Lic. Pérez y Gregorito se ponen de pies) Claudio Alfaro, nuestro excelso hermano, y nosotros, ya sabemos el sucio complot que se ha fraguado contra él para arrebatarle su ventura, y por eso hemos venido hoy a esta casa, para defenderlo....

IVÁN.—(Poniéndose de pies. Con energía) ¡Para desenmascarar a los farsantes!

DOÑA MARÍA.—(Alarmada) No comprendo esas palabras. ¡René, Iván, explíquense por Dios!

ROSBELIA.—(A media voz) ¡Claudio.... Claudio!

SOFÍA.—Rosbelia, no te impresiones.

DON GREGORIO.—(Furioso. A Iván y René) ¡Explíquense inmediatamente!

LIC. PÉREZ.—¡Una amplia explicación pedimos!

GREGORITO.—(Queriendo aparentar energía, pero no le resulta) ¡Esa manera de insultar nos ha ofendido muchísimo!

DOÑA MARÍA.—(Nerviosísima) ¿Qué significa todo esto, señores? ¡Hablen, por Dios: se los suplico!

RENÉ.—¡Ea! Allá va la verdad. Usted, don Gregorio de la Fuente, capitalista y poseedor de grandes encumbramientos, que a fuerza de bajezas y latrocinios se ha enriquecido con la sangre del pueblo, está próximo a hundirse en la bancarrota. Para salvarse del naufragio, se ha agarrado de su hijo, nadando en dirección a esa luz (Por Rosbelia) en la negra noche de su desastre. En la playa lo esperan unos cuantos de sus amigos, como ése (por el Lic. Pérez) para acompañarlo a recuperar las fuerzas. Los amigos de Claudio observamos sus movimientos, y antes de que llegue usted a la playa donde está la luz salvadora, se habrá despedazado contra las rocas....

DON GREGORIO.—(Furioso) ¡Miserables! ¡Calumniadores!

LIC. PÉREZ.—(Idem) ¡Atrevidos! ¡Alcahuetes! (Iván y René hacen ademán de sacar sus revólveres).

JULIA.—(Interponiéndose) ¡Ay, señores, nos están matando de pena! (Iván y René se contienen).

DON GREGORIO.—(Serenándose. A las mujeres) Perdonen ustedes tantas faltas. (Por Iván y René) Las calumnias de estos hombres nos han exaltado la ira.

(Rosbelia se desmaya en brazos de Sofía).

SOFÍA.—¡Tengan piedad de Rosbelia!

(Don Gregorio, Lic. Pérez y Gregorito cogen sus sombreros y hacen mutis. Dan media vuelta al llegar a la puerta).

DON GREGORIO.—(Sentenciosamente. Por Rosbelia) ¡Ella será la señora de mi hijo!

RENÉ.—(En el centro de la escena. Sentenciosamente. Por Rosbelia) ¡Ella será la esposa de nuestro hermano!

(TELON)

# ACTO SEGUNDO

• •

*La misma decoración del acto anterior, exceptuando los cuadros sobre la mesa, en la que habrá revistas y periódicos. Rosbelia leyendo un diario. Julia y Sofía viendo atentamente una revista. Es de noche.*

JULIA.—Verdaderamente, ¡qué pálido y qué sombrío!

SOFÍA.—De tanto no dormir, como en el «Nocturno» de Acuña. ¿Te has fijado bien en él, Rosbelia?

ROSBELIA.—Ayer me llegó esa revista, y a hurtadillas de mamá estuve toda la tarde contemplándolo. Pero sólo viéndolo personalmente me podré convencer. Los poetas fingen tanto a las mujeres, que bien se les puede llamar: «los artistas del amor».

JULIA.—Pero cuando se ama con el amor de Efraín y María, de Pablo y Virginia, de Romeo y Julieta, el alma no puede amoldarse a ningún fingimiento, mucho menos cuando se trata de una pasión de hondas raíces, arraigada en el corazón desde cuando esa entraña empieza a sentir. Porque yo creo que Claudio ha sido tu primer amor.

ROSBELIA.—El primero y el único amor.

JULIA.—¿Y en Italia no te salió algún tenorio artista?

ROSBELIA.—Ni artista ni artesano. En la escuela donde estuve interna, regentada por monjas, el régimen es tan estricto, que las cartas de mamá las leía primero la Directora, quien se encargaba de decomizar todo billete amoroso o sospechoso.

SOFÍA.—Quizá a eso se debe el gran resentimiento de Claudio, que dice que jamás le contestaste ninguna de sus cartas. Anoche estuvo en mi casa Iván y me contó la historia....

JULIA.—Una historia que ya va haciéndose del dominio público. Las Peraza —que no callan ni lo de su propia casa— me lo

contaron, después del suceso de aquella noche, que Gregorito era tu prometido y que pronto será la boda.

ROSBELIA.—No se imaginan ustedes como paso yo los días, sirviendo de protagonista de este drama, comedia o sainete, sin tener más pecado, si acaso es pecado, que el de querer a Claudio. Cuando abracé con los ojos húmedos de lágrimas a mis profesoras y a mis condiscípulas en Milán, me alentaba el enorme consuelo de que regresaba a mi Patria a vivir feliz al lado de mi madre y de mis amigas de la niñez; que mitigaría el dolor de no encontrar a mi padre, con la estimación y el cariño de los míos. Pero de repente se ha levantado sobre mí una ola tumultuosa, y hasta vergüenza me da salir a la calle. Mi madre, ya lo ven ustedes, enfermó desde aquella noche, y cada visita del licenciado Pérez sufre un ataque de nervios. Si no fueran ustedes, que me quieren tanto, esta casa pasaría tristísima, porque hasta las parientes más cercanas nos han dejado aisladas.

JULIA.—Yo, por mi parte, te quiero como si fueras mi hermana, y en prueba de fraternal intimidad, te he contado mi historia con aquel calavera que en seguida quiso jugar con Sofía.

SOFÍA.—(A Rosbelia) Sí, niña, el picaflor aquél de quien te hablé hace pocas noches.

ROSBELIA.—(Suspirando) Felices ustedes que tienen el corazón libre. Yo no sé lo que presiento; vivo fuera de mí, y se aumenta mi inquietud cada vez que veo a ese licenciado Pérez hablando confidencialmente con mamá. Quién sabe que tempestad se vendrá encima, porque hay una calma sospechosa en el ambiente.... Iván y René no han venido desde la noche del rifirrafe, ni el viejo de don Gregorio, ni el petimetre de su hijo.

JULIA.—(Sonriendo) Ni el melindroso de mi futuro, debías decir.

SOFÍA.—!Ja!, ¡ja!, ¡ja!

ROSBELIA.—Desde que ustedes me han contado que la gente me da ese muchacho por novio, cada vez que oigo su nombre cae sobre mi corazón una montaña de tristeza. Y no sé por qué mamá calla cuando al referirme a él lo hago despectivamente: comprendo que le tiene no sé que obligado respeto.

SOFÍA.—Y cuando oye el nombre de Claudio, ¿qué dice, que semblante manifiesta?

ROSBELIA.—La otra noche que le leí una poesía de él, titulada «Idolatrado imposible», me preguntó que quién era el autor, y al oír el nombre de Claudio suspiró, y no pudo contener una lágrima.

JULIA.—Pero dime: ¿y por qué Claudio desde que tú veniste no hay prosa ni poesía suyas en que no meta el «Imposible»?

SOFÍA.—(Sonriendo) Si así continúa, dentro de poco le van a llamar: Claudio el *Imposible.*

ROSBELIA.—No sé por qué. Porque cuando se ama de veras no hay imposibles. Mi mamá le tiene cariño; y si es porque no posee dinero, basta su talento para conquistarse fuera de aquí fama y capital.

JULIA.—Es que Claudio, en el fondo, es orgulloso; y preferiría morirse primero, que casarse contigo sin tener un capital digno del tuyo. Iván, que es uno de sus íntimos, me ha dicho que ese es uno de los motivos de su tristeza actual. Pero hay otro más grande, que en vano le supliqué me lo dijera: "Rosbelia y usted lo verán como está, me contestó, y se apiadarán de su desventura".

ROSBELIA.—(Emocionada) ¿Irá a venir aquí Claudio? Los ojos de mi alma lo ven constantemente como a un gran niño inconsolable, con su semblante triste y sus ojos moribundos. Por algo mi vocación me inclinó sólo a pintar la naturaleza, porque ante los retratos dolientes lloraría mi pincel.

SOFÍA.—Pues no te engaña tu presentimiento. He llegado hoy temprano a visitarte, porque René me avisó que Claudio esta noche vendría a tu casa. No te lo dije en cuanto llegué por temor de que se enterara doña María, pero según parece como que ya duerme. Hay que aprovechar el rato para que hables con Claudio. No ha de tardar en llegar.

ROSBELIA.—(A Julia) Anda con sigilo a la alcoba, y en cuanto despierte dale la otra cucharada. (Mutis Julia).

(A Sofía) Leamos nosotras «Alma Lírica». (Abren una revista. Pausa) ¿No sientes, niña, un olor a creosota?

SOFIA.—¿Serán las páginas de esta revista? (Se inclinan a olerla). (Claudio aparece en la puerta. Su aspecto es demacrado. Viste traje negro).

CLAUDIO.—(¡Ella es con Sofía Roldán). (Avanza lentamente. Rosbelia y Sofía no lo notan por estar inclinadas sobre la revista) Buenas noches.

ROSBELIA.—(Sorprendida. Reconociendo a Claudio) ¡Ah, eres tú! ¡Dios mío!

CLAUDIO.—El Gran Taciturno, Rosbelia.... (Les da la mano. Coloca su sombrero).

SOFÍA.—¡Qué pálido lo veo, Claudio!

CLAUDIO.—(Sentándose) Soy un cadáver galvanizado. (Corta pausa) Pero antes de todo, ¿cómo está tu madre, Rosbelia?

ROSBELIA.—Los nervios la tienen tan mal, que pasa sólo en la cama. Hace poco se tomó una poción sedante y se ha dormido. ¡Está sufriendo mucho, la pobre!....

SOFÍA.—(Levantándose) Voy a indicarle a una de las sirvientas que tenga preparado el té, para en cuanto se despierte. Los dejo, y siento no tener el pincel de Rosbelia para copiar el bello idilio de esta noche.

ROSBELIA.—(A Sofía) Pero no tardes. (Mutis Sofía).

(Claudio y Rosbelia se contemplan en un corto éxtasis; según arte de los actores, Rosbelia sonríe).

CLAUDIO.—(Acercándose a Rosbelia) Hoy creo en Dios, Rosbelia: te he vuelto a ver, y me has sonreído, como en la rima de Bécker.

ROSBELIA.—Te he visto y te he sonreído, oyendo no sé qué singular repiqueteo en las campanas de mi templo interior. Es un extraño concierto de repiques a gloria y dobles de difunto.

CLAUDIO.—Es la pasión que aviva su llamarada para abrasar la última esperanza. Los largos años de tu ausencia han sido para mí un éxodo de tortura, que ha aumentado tu prolongado silencio. Pensando en tu olvido inmotivado he sentido pasar los días lentos y abrumadores, monótonos y amargos, secándome materialmente de tanto pensar en tí. Cuando tu padre murió, yo fuí uno de los primeros en acudir a tu casa para acompañar a tu madre en su duelo; y no te envié mi tarjeta de pesadumbre a Italia, porque me dijo tu madre que no convenía que se te diera de improviso la noticia. Tal vez al recibir mi tarjeta, me dije, con el motivo que la dicta, volveré a ver letras de ella agradeciéndome la condolencia, pero tu madre frustró mi deseo. Resignado a tu olvido, me encerré con mi dolor en lo más alto de mi torre de marfil, comiéndome en silencio mi propia pena y llamando urgentemente a la muerte, avergonzado de la cobardía de no poder adelantarme a su encuentro. Y las voces de mi entraña fueron escuchadas pronto, y aquí me tienes guardando antesala del cementerio, diciéndole adiós a la vida en cada golpe de tos. (Tose secamente).

ROSBELIA.—(Emocionada) Si mi cariño, Claudio, es como un Nazareno para tus ilusiones, permítele que hoy se acerque al fondo de tu pecho y le diga al Lázaro de tu corazón: ¡Resucita y cree, que la Rosbelia de tus ensueños te espera, como siempre, en el jardín de la esperanza, para ungirte con el óleo de su amor. (Con ternura) No me culpes de olvido y de indiferencia. Mi pensamiento desde lejos volaba y volaba diariamente a saludarte; y no te escribí ni una vez y jamás recibí una de tus cartas, porque en la escuela donde me eduqué sólo nos era permitida la correspondencia paternal. Ya ves, ocho años de ausencia no han menguado mi cariño, y si te amé de niña, hoy te adoro de mujer.

CLAUDIO.—(Con tristeza) Ya es bastante tarde para que amanezca en mi espíritu. Siento que la noche se aproxima llena de macabros nubarrones, y la bella luz de tus ojos —los cirios de mi agonía— es impotente para rasgar tantas sombras. Hay una cuadrilla de bandoleros de amor que me van a robar tu ventura. Sé que desde antes de que tú llegaras a Italia, están tramando la emboscada, aconsejados por un rábula vil para asaltarme en el altar de tu cariño. Se informaron de nuestros amores de antaño, y hace pocas noches vinieron a visitarte los que capitanean la pandilla, para denigrarme ante tí y ante tu madre. Pero dos compañeros míos, Iván Ramírez y René Bustillo, impidieron la deturpación.

ROSBELIA.—¡Ah!, ¿entonces es cierto todo lo que dijo René a Don Gregorio?....

CLAUDIO.—Iván y René, Rosbelia, no mienten, son honrados y altivos; por eso se les considera como blasones de la juventud de Centroamérica.

ROSBELIA.—¡Ay, Dios mío, y yo creía que René era que se había pasado de la ira.

CLAUDIO.—Todo es cierto. Don Gregorio está próximo a quebrar, y el poco capital que aun conserva lo está derrochando en comprar canallas e intrigando en todas partes para que en compañía de Iván y René me echen fuera del país. El propósito de él es que tú seas la esposa del imbécil de su hijo.

ROSBELIA.—¿Y contra esos miserables te declaras impotente, dejándote como un paria arrebatar tu legítimo derecho?

CLAUDIO.—(Melancólicamente) El dinero, Rosbelia, es el todopoderoso de la época. Esa cuadrilla es formidable, y la victoria les pertenece ya. (Tose secamente).

ROSBELIA.—Confiemos en Dios. Mientras más abatido te veo con más intensidad te amo. (Contempla a Claudio) No te pongas tan triste. (Con ternura) Oye, seré tu esposa: compraremos una casita a la orilla del mar, donde viviremos arrullados por las olas y por nuestro inmenso cariño, grande y profundo como el océano: tú, bebiendo luz y color en el horizonte; yo, trasladando el color y la luz a mis paisajes. El amor, Claudio, es el gran médico de las almas.

CLAUDIO.—(Con amargura) Bien, sí; pero de las almas que no quieren escaparse.... (contiene un golpe de tos).

JULIA.—¿Cómo que ha llegado el licenciado Pérez? (Reparando en Claudio) ¡Ah, perdone, Claudio!, ¿está usted resfriado?

CLAUDIO.—No; es una dolencia que no tiene nombre.

JULIA.—(Sentándose) Yo creía que era el licenciado Pérez. Hace poco despertó doña María, y al oír toser pensó que era él, recomendándole le avisara.

CLAUDIO.—(A Julia) ¿Cómo está doña María?

JULIA.—Siempre con su nerviosidad. Las madres son tan impresionables, y mucho más cuando se trata de asuntos como éste. Dice que el licenciado Pérez la tiene en capilla, porque su vida depende de si él encuentra un documento que se ha extraviado.

ROSBELIA.—(Alarmada) ¿Qué será?

CLAUDIO.—Alguna nueva tinterillada de su oficio, porque para rábula y abyecto, no encontró don Gregorio otro más digno de él. (Pausa) Que llegue en buena hora (Ademán de mutis).

ROSBELIA.—(Impidiéndole a Claudio irse) ¡Claudio, Claudio, no te vayas, «que no es tiempo todavía!»

CLAUDIO.—(Por él mismo) Este Hamlet se retira ya, porque no espera ninguna aurora....

ROSBELIA.—(Suplicante) Espérate...., espérate....

LIC. PÉREZ.—(Trae un rollo de papeles en la mano. Saludando) Señoritas.... (A Claudio) Poeta melancólico, no se vaya; (por Rosbelia) atienda a los ruegos de esta criatura. (A Julia) ¿Y doña María?

JULIA.—Voy a llamarla. (Mutis).

(Claudio permaneció de pies).

LIC. PÉREZ.—(Por Claudio) (Pobre muchacho, es digno de lástima; está en el último período). Que a tiempo está aquí el poeta Alfaro para que oiga una de las últimas disposiciones del difunto don Francisco Ariz.

CLAUDIO.—¿Otra nueva victoria de su pluma meretriz, licenciado?

LIC. PÉREZ.—(Enojado) Una nueva victoria que anonadará a usted y a todos sus adláteres.

CLAUDIO.—Hay triunfos que son completas derrotas.

ROSBELIA.—(A Pérez) Sí, licenciado, cuando se ama con sólo el interés del corazón, son impotentes todos los esfuerzos de la perversidad. Yo jamás seré de otro hombre que no sea éste (por Claudio). El recuerdo de mi padre que venero tanto es testigo de cuanto lo adoro.

LIC. PÉREZ.—En nombre de ese recuerdo que usted invoca y que respeta tanto, va oír una de las cláusulas del testamento de su padre. (Desenrolla los papeles).

DOÑA MARÍA.—(Entra apoyada en Sofía y Julia) Aquí vengo yo también a oír la sentencia de mi vida o de mi muerte.

LIC. PÉREZ.—De su dichosa vida, doña María, porque complacerá una de las últimas voluntades de su honrado marido. (Leyendo) "Cláusula XIII.—Declaro: que mi sueño de ultratumba vivirá en sosiego, si mi hija Rosbelia accede a mi deseo de que ella sea la esposa del distinguido joven Gregorio de la Fuente, hijo del respetable banquero, mi queridísimo amigo don Gregorio del mismo apellido, en quien he convenido en idéntica voluntad". (Voz natural) Esta es, por ahora, la cláusula que más nos interesa del testamento, el cual está en toda regla. De la señorita Rosbelia depende, pues, no interrumpir el tranquilo sueño de don Francisco. (Enrolla los papeles).

DOÑA MARÍA.—(Desfalleciente. A Rosbelia) ¡Hija, que se haga la voluntad de tu padre, que yo me siento morir!

ROSBELIA.—(Declamando) ¡Madre, yo también desfallezco, después del veneno que he apurado oyendo la lectura de ese papel! (Llorando, a Claudio) ¡Claudio!, ¡Claudio!, ¿cómo ha sido esto, que estoy a punto de volverme loca? (Se retuerce en una lucha interior).

CLAUDIO.—(Con emoción) Ya lo ves, tu padre te ha vendido como una mercancía; te ha comprometido en un convenio de turcos a que seas la compañera de un maniquí. (Con amargura) Y decías que el amor era el soberano del mundo, y que ante la majestad de su poder no había obstáculos ni imposibles; y hoy vacilas, y lloriqueas, y te acobardas y te confundes para protestar contra ese atentado que humilla tu sentimiento y la libertad de tu amor.

ROSBELIA.—(Reaccionando) ¡No! Ante estos contratos sin nombre, una marejada de rabia inunda toda mi sangre y golpea mi cerebro como si quisiera arrancar el recuerdo sagrado de mi padre (conformándose) ¡Ah, padre mío, padre mío! (Cae en brazos de Julia sollozando).

LIC. PÉREZ.—(A Claudio) Caballero, parece que todo ha terminado para usted en esta casa....

CLAUDIO.—(Coge su sombrero dirigiéndose nerviosamente a la calle, y en la puerta da media vuelta y exclama, señalando a Rosbelia): «¡Al fin mujer! ¡Al fin voluble, como la onda!» (Al Lic. Pérez. Amenazante) No se precipite usted, señor licenciado: principia el drama. (Mutis).

(TELON)

## ACTO TERCERO

• •

*La misma decoración, exceptuando los periódicos y revistas en la mesa. Es de día.*

DON GREGORIO.—(Viendo su reloj) Ya es tarde y parece que fuera de mañana.

DOÑA MARÍA.—Desde que amaneció, el día se muestra con una gran pesadumbre, como si estuviera contagiado de la inmensa melancolía de esta casa. Toda la mañana la he pasado orando, pidiéndole a la Virgen por la felicidad de Rosbelia.

DON GREGORIO.—Y lo será indudablemente, porque además de que va a acceder a un solemne deseo de su padre, va unir su destino a un joven digno de su elevada posición. El pesar que usted siente es natural en una madre al separarse de la hija adorada, y sobre todo, única, para entregarla a nueva vida. Lo misma me pasa a mí; pero me resigno al convencerme que esta es una ley ineludible que impone la sociedad. Si viviera don Francisco, este sería uno de sus días más dichosos, y bendeciría la adoración y profunda obediencia de su hija.

DOÑA MARÍA.—Créame usted que a eso se debe que Rosbelia haya accedido a este contrato tan delicado, y también al ver el estado de mi abatimiento. Si ella hubiera tomado diferente determinación, yo me habría muerto de remordimiento pensando en la cláusula del testamento. Y es que el recuerdo de Francisco para mí y para ella es sacratísimo, y lo respetaremos con veneración toda la vida.

DON GREGORIO.—Igual tributo consagro yo a la memoria de mi inolvidable amigo, pues él era uno de mis íntimos, como lo prueba la confianza de haber depositado en mi poder su testamento.

DOÑA MARÍA.—¿Y por qué usted más antes no me había revelado la cláusula que compromete a mi hija?

DON GREGORIO.—Por la recomendación del mismo don Francisco, sospechando, quizá, las inclinaciones de Rosbelia hacia el joven Alfaro. Me dijo que en cuanto regresara ella de Italia tratara el asunto, y que sólo en caso que no aceptara voluntariamente la mano de Gregorito, se le mostrara la cláusula.

DOÑA MARÍA.—Y desde ese día vive enferma y triste. A veces quiere distraerse y se entrega a la lectura, pero luego cae en profunda meditación. Yo no sé, se lo hablo con franqueza, don Gregorio, cómo va a ser este matrimonio.

DON GREGORIO.—No se preocupe usted; el matrimonio se efectuará dentro de un rato. Ayer mismo quedó arreglado todo con la mayor discreción, tal como usted y yo lo queremos. No tardarán en llegar el licenciado Pérez y Gregorito con el Alcalde y los testigos. Traerán el acta ya escrita para que sólo se le pongan las firmas.

DOÑA MARÍA.—(Ademán de levantarse) Entonces es conveniente avisarle a Rosbelia....

DON GREGORIO.—(Ademán indicando a doña María que no se levante) Es mejor sorprenderla para que no tenga tiempo de formular excusas y se demore la boda.

DOÑA MARÍA.—Ella está resignada, y hasta le advierto deseos de que esto termine pronto. Tal vez con la presencia de sus amigas y de los de Claudio, estuviera todavía indecisa, pero como no han vuelto desde la noche en que se encontraron aquí el licenciado Pérez y el pobre poeta, ella va poco a poco mitigando tantas impresiones.

DON GREGORIO.—Por lo que toca a los jóvenes amigos de Claudio y a él creo que ya no los volveremos a ver por aquí.

DOÑA MARÍA.—¿Se habrán ausentado de la ciudad?

DON GREGORIO.—Se han marchado del país, o mejor dicho, los han marchado, a excepción de Claudio, que se salvó por su lastimoso estado.

DOÑA MARÍA.—¿Por algún delito muy grave? ¿Y eso, cuándo fué?

DON GREGORIO.—Esos tres jóvenes, señora, pertenecen a quién sabe que tenebrosa sociedad anarquista. Se desataron en estos días contra el Gobierno, contra la sociedad, contra todo. Sus ataques más groseros iban ensañados contra la clase acaudalada, a la que han calificado de "gran burra cargada de dinero". ¿No ha leído usted eso?

DOÑA MARÍA.—Hace días que no permito la entrada en esta casa de ningún periódico, porque su lectura ponía muy inquieta a Rosbelia.

DON GREGORIO.—Pues ha sido una acometida ruda y violenta la que emprendieron desde las columnas de «La Lámpara de Diógenes», diario que también ha sido suprimido. En sus últimos ataques se lanzaron sobre mi personalidad y la del licenciado Pérez, publicando denuestos y calumnias como aquellas que me lanzó René en presencia de usted y de las señoritas. ¡Ah, muchachos tan inexpertos como irrespetuosos: no saben medir las responsabilidades de sus actos!

DOÑA MARÍA.—Pero Claudio, ¿está usted seguro de que no se ha ido?

DON GREGORIO.—El médico que lo asiste me lo ha dicho; y como aquí entre nosotros son raros los facultativos que no divulgan secretos profesionales, me han informado del estado lastimoso en que se encuentra. De un momento a otro sucumbirá Claudio. La tisis es fulminante en los jóvenes: pronto los hace rendir la jornada de la vida. Ya puede usted figurarse cuál hubiera sido el destino de su hija unida a un enfermo de esa naturaleza.

DOÑA MARÍA.—(Suspirando) Verdaderamente, la tristeza de Claudio debe ser inmensa, porque la tuberculosis es, hasta la fecha, una enfermedad incurable.

DON GREGORIO.—Y de las más trasmisibles. El enfermo sufre moral y físicamente, hasta que llega la muerte compasiva a libertarlo de su pena. Otros, apenas se sienten afectados, recurren al suicidio, que es lo que todos deberían hacer, según mi opinión.

DOÑA MARÍA.—Su parecer es igual al de un médico yanqui, con la pequeña diferencia de que aquél, en vez del suicidio, aconseja el homicidio; es decir, que se le dé muerte a toda persona tuberculosa.

DON GREGORIO.—Es que la ciencia hace siglos viene quebrándose los sesos por encontrar el específico, y todos sus esfuerzos han fracasado.

DOÑA MARÍA.—Pero yo creo que se encontrará. Ahí tiene usted el salvarsán, esa medicina maravillosa contra la ovariosis, que hacía tantas víctimas como la tisis.

DON GREGORIO.—Se encontrará algún día el específico; pero lo que es Claudio ya no podrá aprovecharlo.

JULIA.—¿Cómo están en esta casa de Dios?

DOÑA MARÍA.—¿Y dónde ha estado usted, Julia, que no la hemos visto desde hace tiempo?

JULIA.—(Sentándose) Anteayer regresé con Sofía de una temporada en la hacienda de papá, donde he pasado unos días paradisíacos.

DON GREGORIO.—Está usted muy robusta.

JULIA.—Fígurense que sólo bebía leche por agua de tiempo, me bañaba diariamente y en seguida hacía ejercicio por aquellas lomas pintorescas en compañía de las muchachas de la hacienda. Comía con bastante apetito y dormía con el sueño de una santa.... (A doña María) ¿Y Rosbelia?

DOÑA MARÍA.—Está ocupada en este momento, retocándome el cuadro de la Virgen de Guadalupe, y se encuentra resentida porque no ha venido usted a verla.

JULIA.—Si nuestro viaje fué imprevisto. El día siguiente de la escena desagradable que hubo aquí entre Claudio y el licenciado Pérez, llegó Sofía a mi casa, y conversando estábamos cuando papá nos invitó a que subiéramos al automóvil con dirección a la hacienda. Allá hemos estado.

DOÑA MARÍA.—Nosotros hemos recurrido al claustro, porque ya nos imaginamos cuánto se dirá afuera de esta casa. Por lo que se ve, somos el plato del día.

JULIA.—Sólo se habla de la lucha entre el talento y el dinero, y de la ruda oposición que han emprendido los amigos de Claudio, por el matrimonio de Rosbelia con Gregorito.

DON GREGORIO.—Una lucha en que ellos quedarán vencidos, porque ya la señorita Rosbelia está decidida a ser la esposa de mi hijo.

JULIA.—Eso se dice en todas las conversaciones. Pero, hablando francamente, diré a ustedes, sin tratar de lastimar a don Gregorio, que la mayoría, es decir, la clase popular, está de parte de Claudio, y que ha aumentado esta simpatía con el hecho de la expulsión de Iván y René.

DOÑA MARÍA.—Todo esto me pone inquieta, y no sé que irá a ser de mí, si así siguen las cosas.

DON GREGORIO.—Por eso hay que apresurar los acontecimientos (Pausa breve) Dentro de pocos días todo quedará en calma, y nuevas impresiones vendrán, de las que siempre está ávido el público. (Viendo su reloj) No tardará el licenciado Pérez.

DOÑA MARÍA.—(A Julia) ¿Y no se dice cuándo será la boda de Rosbelia?

JULIA.—Las Peraza me dijeron anoche que muy pronto, pero que los amigos de Claudio la impedirían, y que han amenazado a la autoridad si autoriza el matrimonio.

DON GREGORIO.—Nada podrán ya, porque los más exaltados, Iván y René, a estas horas deben estar muy lejos; y por lo que toca

al jefe, al pobre poeta melancólico, está muy próximo a reclinarse en los brazos de la Pelona, la Intrusa, como él llama a la muerte.

JULIA.—(Por Claudio) ¡Pobrecito! Claudio es casi ya un cadáver. Solamente una gran impresión grata a su espíritu podría reanimarlo.

DON GREGORIO.—Pero no podría salvarlo. El comprende su dolencia, y a eso se debe la tristeza inseparable que lo acompaña.

JULIA.—Yo desde que lo ví aquella noche, no he vuelto a tener noticias de su salud ni a leer nuevos versos suyos. (Transición). Y a propósito, ahora que me acuerdo, voy donde Rosbelia a que me preste «Idolatrado imposible», una linda poesía que me ha pedido una amiga. (Levantándose) Con permiso de ustedes.

DOÑA MARÍA.—(A Julia. Por Rosbelia) Allá está en el oratorio. (Mutis Julia).

DON GREGORIO.—(Por Julia) Las niñas como ésta se quedan rezagadas en las evoluciones sociales. En los tiempos caballerescos, en la época medioeval, estoy de acuerdo que una buena moza se dejara enloquecer por las trovas melodiosas de un bardo; pero ahora, en nuestro siglo, en nuestro siglo de aeroplanos, del telégrafo inalámbrico, del cheque a la vista y del aseguro de vida, es ridículo dejarse seducir por palabras almibaradas, máxime cuando quien las pronuncia no tiene ni petate sobre que caer muerto.

DOÑA MARÍA.—Todo es cuestión de sentimiento, de naturaleza, don Gregorio. ¿Qué quiere usted si ciertos corazones ya nacen así? Y a pesar de esa pobreza de dinero de que usted habla, ha habido entre esos individuos muchos genios que con su talento han redimido a los pueblos.

DON GREGORIO.—Y también comprometido a los Gobiernos. Y si no, vea usted a Claudio, que a pesar de su agonía, por poco pone en peligro a nuestro progresista Gobierno. (Saca de la bolsa un periódico) Oiga estos versos sediciosos que publicó en el último número de «La Lámpara de Diógenes». (Leyendo con la entonación que reclaman los versos).

## A Centro América en el 15 de Septiembre

Centro América: calla este día
de tus hijos la voz laudatoria
celebrando la fecha de gloria
en que libre tu vida empezó.

Que no se oigan los cantos y hosannas
que otros años, feliz, escuchabas,
cuando ufana ante el mundo mostrabas
sin peligro tu hermoso pendón.

Hoy un águila extraña se cierne
bajo el palio de luz de tu cielo,
y amenaza al simbólico velo
con su garra atrevida y audaz.

Y no es justo que ahora te arrulle
del poeta el cantar placentero:
hoy ¡oh, Patria! es un himno guerrero
el que debe en tu honor resonar.

Ha de ser protesta iracunda
la que vibre terrible y sangrienta,
y con ella lavarte la afrenta
que a tu faz infirió la traición.

Y lanzar aquel grito de libres
que los indios autóctonos dieron,
y morir como todos murieron,
pero tintos en sangre de honor.

Que si es cierto que intentan venderte
los espurios y abyectos traidores,
tienes hijos también salvadores
afilando en silencio el puñal.

El puñal vengativo y sagrado
con que el hijo castiga al bandido
que el honor de su madre ha vendido
al placer de un lascivo sultán.

Y encendidos en santo coraje
moriremos sin ver las cadenas:
¡sangre mucha tendrán nuestras venas
para ahogar al osado invasor!

* * *

Ese, Patria, es el himno sonoro
de solemne y viril juramento,
que hoy se debe escuchar en el viento
como la única ofrenda en tu honor.

(Doblando el periódico y echándoselo en la bolsa) Y esto es lo menos incendiario que hay en el periódico. En otros escritos excitan al pueblo a la matanza, y hablan de «yugo opresor», de «libertades asesinadas»; de «injusticias imperantes» y otras paparruchadas.

DOÑA MARÍA.—¿Y por sólo eso los expulsaron?

DON GREGORIO.—¿Y quiere usted más motivos, señora?

DOÑA MARÍA.—(Suspirando) ¡Ah, mi país, don Gregorio, ¡ah, mi país!

SOFÍA.—Doña María, don Gregorio, ¿cómo han estado?

DOÑA MARÍA.—(A Sofía) Está esperándola Rosbelia para regañarla, porque no le avisó que iba a estar ausente.

SOFÍA.—(Sentándose) Si fué un viaje de improviso. ¿No les ha contado Julia?

DON GREGORIO.—Hace poco nos acaba de contar.

DOÑA MARÍA.—Sí, hija, en estos momentos ha estado conversando con nosotros; ahora está en el oratorio con Rosbelia. (Pausa breve) ¿Y qué se dice por la alta sociedad?

SOFÍA.—Por la alta y por la baja se comenta el matrimonio de Gregorito con Rosbelia. (Transición). Y, antes de todo, les participo el gran triunfo que acaba de obtener Claudio, en....

DON GREGORIO.—(Alarmado. Interrumpiendo precipitadamente) ¿Se ha descubierto ya el específico contra la tuberculosis?

DOÑA MARÍA.—(Con interés) ¿Se encuentra mejor de salud?

SOFÍA.—No se trata de un triunfo de esa clase, sino de un triunfo literario. (Movimiento de tranquilidad en don Gregorio, como quien se quita un peso de encima) En el certamen último del Ateneo, su drama «La Tristeza de la Cumbre», obtuvo el primer premio.

DOÑA MARÍA.—¿Y cómo lo ha sabido usted?

SOFÍA.—Me lo acaba de decir René Bustillo.

DON GREGORIO.—(Sorprendido) ¡René Bustillo!.... Si ese joven está ausente.

SOFÍA.—Así lo creíamos todos, porque se dijo que lo habían deportado en unión de Iván Ramírez, pero la noticia resultó falsa. Solamente a Iván sacaron del país. René, según él cuenta, estuvo oculto en la Legación Mexicana, hasta que por influencias de algunos amigos, logró que suspendieran la orden de captura. Voy a darles estas noticias a Rosbelia y Julia. (Levantándose) Con permiso de ustedes.

DOÑA MARÍA.—(A Sofía) Allá está en el oratorio. (Mutis Sofía).

DON GREGORIO.—(Por Sofía) Se conoce que estas niñas le tienen entrañable aprecio a su hija y muchas simpatías a la camarilla de los poetas.

DOÑA MARÍA.—(Idem) Son ardientes enamoradas de los versos, y si no fuera que están al corriente de la cláusula que leyó el licenciado Pérez, y que son obedientes a sus padres, ya hubieran desecho esta boda.

DON GREGORIO.—(Viendo su reloj) Y créame usted que me está preocupando la tardanza del licenciado.

DOÑA MARÍA.—¿Será que no halla al Alcalde?

DON GREGORIO.— No. Yo creo que anda llamando a los testigos, porque dispusimos, para ser más discretos, que sean personas ajenas a esta casa.

DOÑA MARÍA.—Dígame don Gregorio: ¿y la boda religiosa, cuándo se efectuará?

DON GREGORIO.—¡El día que usted quiera! Lo primero es el matrimonio civil. En cuanto llegue el licenciado, llame usted a Rosbelia, que no tiene más que oir el acta, y firmar.

DOÑA MARÍA.—Y puedo saber don Gregorio, ¿cuánta cantidad le hereda Francisco a su hija?

DON GREGORIO.—La declara heredera de esta casa, del dinero en efectivo y de las acciones en los Bancos.

DOÑA MARÍA.—(Pensativa. Después, suspirando) ¡Ojalá sea dichosa mi hija!

LIC. PÉREZ.—(Entra jadeante con Gregorito) En vano amenacé a ese indio del Alcalde con procesarlo por resistirse a autorizar un matrimonio que está en toda regla. (Sentándose).

GREGORITO.—(Sentándose) Se aferró en que no venía, porque peligra su vida.

DON GREGORIO.—¿Lo habrá amenazado la camarilla?

LIC. PÉREZ.—Dice que desde hace una semana está recibiendo anónimos en que le anuncian asesinarlo si autoriza el matrimonio de la señorita Rosbelia con Gregorito; y que hoy por la mañana se presentó ante él René Bustillo con unos jóvenes desconocidos repitiéndole la amenaza. (Cambiando de tono) Por lo que se ve, no fué cierta la expulsión de René.

DON GREGORIO.—¿Y en qué se fundan para ponerle obstáculos al Alcalde?

LIC. PÉREZ.—Pues en un argumento que mueve a risa: en que si efectúa la boda, cometerá un crimen de leso amor. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! El caso es que el alcalducho está impresionado por las mentiras que le habrán contado, y por nada del mundo quiere venir a esta casa.

DON GREGORIO.—Pues que se verifique el acto en la mía a altas horas de la noche para que no se enteren esos anarquistas. Así tal vez el alcalde accederá, porque si acudimos al Gobernador se retardará más el asunto.

DOÑA MARÍA.—¡Ay, señores, no sé qué extraño aspecto van tomando estas cosas!

GREGORITO.—(A doña María) No se aflija. Rosbelia ya me quiere. El otro día me aceptó una caja de dulces, que le mandé con la criada.

DOÑA MARÍA.—Es preciso consultar con ella. Permítame un momento. (Levantándose) Voy a llamarla.

LIC. PÉREZ.—(A doña María) Lo que usted quiera, señora. (Mutis doña María).

(El Lic. Pérez sigue hablando, pero confidencialmente con don Gregorio y Gregorito, hasta que llega Rosbelia) El asunto urge, mi querido don Gregorio; ya en el público empieza a circular el rumor de su quiebra, y si llega a oídos de esta familia quizá crea todo lo que nos dijeron en nuestras propias barbas aquellos dos poetillas. Usted sabe cuánto nos ha costado defendernos de sus estocadas a fondo.

DON GREGORIO.—Pero el testamento es todo. Jamás desistirán del deseo que en él expresa don Francisco; hoy estoy convencido de que idolatran y respetan el recuerdo de aquel buen hombre.

LIC. PÉREZ.—Si antes del matrimonio no se ha descubierto lo esencial, habremos triunfado.

DON GREGORIO.—Créame, licenciado, que sus honorarios por esta empresa no le disgustarán.

GREGORITO.—(Al licenciado Pérez) Y lo consideraremos como de la familia.

DON GREGORIO.—(Idem) Y entrará como socio de nuestra casa, pues tenemos el propósito de explotar varias industrias. El capital de Rosbelia asciende a más de cien mil pesos. Don Francisco era muy económico y trabajador, y jamás metió en compromisos su dinero.

GREGORITO.—La dote de mi novia es pura.

DON GREGORIO.—Sin mancha.

LIC. PÉREZ.—(Trazando con la mano una cruz en el vacío) Sin pecado original.

DON GREGORIO.—(Al Lic. Pérez) Si ella dice que irá a mi casa esta noche a lo convenido, vuelva usted inmediatamente donde el alcalde y ofrézcale una buena recompensa, y dígale que será a medianoche el matrimonio para evitar cualquier atentado. Con dinero todo se vence.

GREGORITO.- Papá, ya tengo pensado donde ir a pasar la luna de miel.

DON GREGORIO.—(A Gregorito) Andate a alguna de las haciendas.

GREGORITO. No, papá, mejor al mar para navegar a gusto....

LIC. PÉREZ.—(Viendo a una de las puertas. Rápidamente) ¡Silencio que hay vienen! (Entran Rosbelia, doña María, Julia y Sofía).

ROSBELIA.—No concibo, señores, el motivo de tanta precipitación para mi matrimonio. Si es verdad que mi padre me dejó el compromiso de casarme con Gregorio, no llegó hasta el grado de señalarme la fecha.

GREGORITO.—Es que yo vivo desesperado porque seas mi esposa pronto.

ROSBELIA.—Así vivo yo en continua lucha con mi corazón, pidiéndole, a cada momento, que cese de latir.

DON GREGORIO.—(A Rosbelia) ¿Luego usted no está completamente decidida a dar la mano a mi hijo?

ROSBELIA.—No sé qué responder (Queda como en éxtasis).

LIC. PÉREZ.—(A Rosbelia) Entonces usted se resiste a complacer los sagrados deseos de su padre, que en estos momentos ha de estar espiándole desde un postigo del cielo. (Con energía) Es necesario que ya, se lo exigimos, se decida a que la boda se efectúe esta noche.

DON GREGORIO.—(Enérgico) ¡No esperamos más!

GREGORITO.—No esperamos más....

DOÑA MARÍA.—(Nerviosa) Respóndeles categóricamente, hija mía, cuando estarás lista.

ROSBELIA.—(Inspirada) ¡Ay, madre! Hace un momento mi corazón se ha inundado de una inmensa emoción, mezclada de tristeza y de esperanza. No sé lo que presiento, veo la boca de un abismo y allá en su oscuro fondo las puertas de la gloria.

RENÉ.—(Entra precipitadamente). ¡Oh, sí, la gloria! (A Rosbelia) ¡La gloria ha dicho usted, Rosbelia, y ella le pertenece ya! He llegado a tiempo de salvar a usted de un horrendo sacrificio, y me he adelantado a la llegada del amado por presentarme antes de que se consumara la infamia. (Por don Gregorio, Gregorito y el licenciado Pérez) Aquí están los bandidos, a quienes confundiré ya con una prueba terrible.

LIC. PÉREZ.—(Aparentando calma. A René) Hable usted lo que quiera.

RENÉ.—Es público y notorio la quiebra de la casa bancaria de don Gregorio de la Fuente, como es público también la ruin intriga de que se valieron para que fuera expulsado del país nuestro hermano Iván Ramírez. Un cajero del Banco fracasado, idólatra admirador de Claudio, y conocedor a fondo de la trama de estos pillos, me acaba de dar el verdadero testamento de don Francisco Ariz, en que ni por soñación pensó en enajenar la mano de su hija. (Sacando un rollo de papeles y mostrándolos) Este es el auténtico.

DOÑA MARÍA.—(Con alegría). ¡Bendito mil veces sea el nombre de mi marido! ¡Rosbelia! (Se abrazan llorando).

DON GREGORIO.—(Furioso. A René, por el testamento) Ese hurto será hoy mismo castigado.

RENÉ.—(A don Gregorio, Gregorito y Lic. Pérez) ¡Silencio sicofantes! (Se asoma inquieto a la puerta de la calle).

ROSBELIA.—(Sollozando) ¡Madre mía, salvada está la memoria de mi padre y salvado mi holocausto!

SOFÍA.—¡Un milagro de la Virgen de Guadalupe!

LIC. PÉREZ.—(A Sofía. Furioso) Un milagro que les arrancará pronto la vida.

RENÉ.—(Desde la puerta) ¡Aquí está ya el vencedor! (Se retira de la puerta).

CLAUDIO.—(Sumamente pálido) Vengo a celebrar mis nupcias con la muerte....

ROSBELIA.—(A Claudio) ¡No, amado mío, es la vida que hoy te llama, representada en la resurrección del porvenir! (Lo coge de la mano).

CLAUDIO.—(Rehusando) ¡No, mujer, no me toques, que yo no me pertenezco.

ROSBELIA.—(Con arrebato) ¿Qué dices?, ¿qué no te perteneces? (Transición). ¡Ah! sí, sí porque ya eres todo de mi amor. (Lo besa en la boca. Claudio cae en éxtasis sobre un canapé).

DON GREGORIO.—(A Rosbelia. Horrorizado) ¡Desgraciada, te has contagiado fatalmente!

ROSBELIA.—(Transfigurada) ¡Soy feliz: ya bebí de su dolor!

(Todos contemplan el éxtasis de Claudio).

DON GREGORIO.—(Ademán de mutis. Por el éxtasis de Claudio, al licenciado Pérez y a Gregorito) Retirémonos que esta es la tristeza de la muerte.

RENÉ.—(A don Gregorio, Gregorito y Lic. Pérez) ¡Imbéciles! (Señalando el éxtasis de Claudio) esta es «LA TRISTEZA DE LA CUMBRE». (Mutis don Gregorio, Gregorito y Lic. Pérez).

(TELON)

# EL CORAZON DEL PUEBLO

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,
ORIGINAL DE

ALONSO A. BRITO

## PERSONAJES

●

*DON RAMON* ..... *(Ricachón. Como de 50 años de edad y tahur de alta escuela. Su capital lo ha adquirido por medio de los dados).*

*CONCHITA*

*EMILIA*..... *(Las dos, hijas de don Ramón, de 23 y 25 años de edad, respectivamente. Visten a la moda, aunque con ridiculez, y sólo se preocupan del lujo y de otras vanidades).*

*LA NIÑA MARIQUITA*.. *(Solterona chiflada, profesora de baile de Emilia y Conchita. Viste también como éstas y habla con afectación y mucha mímica).*

*CHEMA*..... *(Joven honesto, dactilógrafo, visitador de la casa de don Ramón y muy querido de la gente pobre por su carácter servicial).*

*LA SEÑORA REBECA* .. *(Mujer de costumbres puras, de la clase humilde del pueblo).*

*TOÑA*..... *(Joven modesta y simpática, muy mujer de su casa. Hija de la señora Rebeca).*

*PABLO* ..... *(Obrero joven, honrado e inteligente. Novio de Toña).*

*RAFAEL* ..... *(Como de 15 años de edad. Hermano de Toña).*

*UNA CRIADA.*

LA ACCION EN UNA CIUDAD CENTROAMERICANA.

EPOCA ACTUAL

# ACTO PRIMERO

• •

*Sala con muebles de lujo. En el centro una mesa pequeña con dos o tres revistas de modas, y alrededor sillas, un sofá y una mecedora. Balcón a la calle; dos puertas laterales y una en el fondo. En una esquina de la sala, una mesa de regular tamaño con una victrola. En la pared, cerca del balcón, un espejo. Es casi de noche.*

DON RAMÓN.—(Contando billetes de banco sobre una mesa, con el sombrero puesto) Seiscientos setenticinco.... y veinticinco, setecientos. Setecientos quince.... Setecientos veinte.... (Pensativo) Me ganaron....dos mil doscientos ochenta pesos. Bueno, no importa. (Se echa la cartera con los billetes en la bolsa). Dentro de un rato regresaré; y desde hoy yo también les echaré la negra. (Coloca el sombrero en una mesa haciendo medio mutis hacia una de las puertas laterales) ¡Los haré pasar muy malas noches!

CHEMA.—(Desde la puerta) Muy buenas noches.

DON RAMÓN.—¿Eh?.... (Volviéndose a Chema) ¡Hola camarón con cola! (Le da palmaditas en la espalda). Sentate, Chema. (Ambos se sientan, después que Chema coloca su sombrero en una mesa). ¿Y qué hay de nuevo?

CHEMA.—La viruela, don Ramón, la viruela que ha vuelto a meterse en la ciudad.

DON RAMÓN.—Hombre, eso me dijeron ahora, pero no lo quice creer, porque yo, hasta la fecha, no he visto a ningún atacado.

CHEMA.—Pues dice «El Diario» que hay más de diez casos en el barrio de Los Desamparados.

DON RAMÓN.—¿Y cuál es ese barrio, Chemita?

CHEMA.—Aquel que queda allá por El Rastro, habitado casi sólo por obreros.

DON RAMÓN.—(Bostezando) No sabía, hasta hoy, que existe ese barrio en la ciudad.

CHEMA.—(Con intención) Es que como usted no sale por esos lugares.

DON RAMÓN.—(Despectivamente) Ché, hombre, y que voy andar haciendo por esos andurriales.

CHEMA.—(Lo mismo que antes) Como usted es rico.

DON RAMÓN.—No seas cangrejo. Dejate de socialismos. Cada uno es cada uno.

CHEMA.—Bueno, pero los que están arriba debían ver por los que están abajo....

DON RAMÓN.—Yo sólo veo lo que me interesa (Pausa corta). Mientras sigás con esas ideas inculcadas por los desocupados, nunca harás casa con corredor, Chema.

CHEMA.—Pero a lo menos vivo con la conciencia tranquila, queriendo a mi prójimo como a mí mismo: "Amaos los unos a los otros", dijo el Nazareno.

DON RAMÓN.—(Irónico) ¡Y qué bien se aman! Ahí tenés un ejemplo en la guerra de Europa. ¡Uf!, hombre, cómo se despedazaron y seguirán despedazándose esos bárbaros: ¡ni los negros de Africa!

CHEMA.—¿Y no le da a usted sentimiento todo eso?

DON RAMÓN.—Yo sólo tengo compasión por mi pellejo y el de mi familia.

CHEMA.—Gracias, por la parte que a mí me toca.

DON RAMÓN.—No fregués; a vos te considero como de la familia. Sos el único después de yo, que entra con pantalones en esta casa. Ya se los he dicho a mis hijas: (Bajando un poco la voz) "De Chema no hay que tener cuidado, yo sé por qué se los digo."

CHEMA.—(Algo sulfurado) ¿Y por qué se los dice usted, don Ramón?

DON RAMÓN.—No seas preguntón, hombre. ¿Sabés por qué? Pues.... porque.... eres honrado, hombre. Jamás te he visto metido en líos ni amoríos, siempre muy formalito, muy apartadito....

LA CRIADA.—(Desde una de las puertas laterales) Don Ramón, está puesta la comida.

DON RAMÓN.—Bueno, iré en seguida. (La criada hace ademán de mutis). ¿Y las niñas?

LA CRIADA.—Están allá adentro conversando con la Niña Mariquita.

DON RAMÓN.—¡Ah....! ¿Conque hay está la Niña Mariquita? Deciles que aquí está Chemita, el simpático Chemita. (Mutis la criada).

CHEMA.—Por mí no se atrase de comer, don Ramón; yo soy de la casa, como usted dice. Me quedaré hojeando revistas (Por las que están en la mesa).

DON RAMÓN.—Es que no tengo apetito. Acabo de llegar del casino, donde hace poco me comí dos sanwichs.

CHEMA.—¿Y qué tal de suerte?

DON RAMÓN.—Hoy en la tarde estuve de pérdida, me ganaron algo....

CHEMA.—Pero cuando usted los agarra, los deja barridos....

DON RAMÓN.—Los hago añicos....

CHEMA.—Así dice la gente: (Con énfasis) "Ese don Ramón tiene suerte fenomenal".

DON RAMÓN.—¿Y todo eso se sabe en el público?

CHEMA.—Si para el público no hay nada oculto. Entre nosotros se sabe la vida y milagros de cada uno, y las noticias vuelan de boca en boca con celeridad admirable. Con decirle que ayer, en la mañana, en el baño, me corté un callo y al poco rato que salí a la calle, el primer amigo con quien me encontré me preguntó: ¿Echaste mucha sangre? ¿De dónde? —le dije—. Hombre, del callo que te cortaste ahora, con el cortaplumas que tiene tijeritas. ¡Me quedé asombrado! Yo no sé por qué aquí se gasta papel en periódicos cuando cada habitante de la población es un boletín.

(Llegan del interior de la casa la Niña Mariquita, Emilia y Conchita. La Niña Mariquita entra abanicándose. Conchita trae un libro cerrado. Las tres con los labios y mejillas exageradamente pintados).

LA NIÑA MARIQUITA.—(Desde la puerta, con alegría cómica) ¡Ay, don Ramón, pero qué hermosos están, pero qué hermosos!....

DON RAMÓN.—Gracias por la flor.

CHEMA.—¿Nos ve simpáticos, Niña Mariquita?

LA NIÑA MARIQUITA.—(Sentándose junto a la mesa del centro) Si yo no me refiero a ustedes, sino a los perritos que tuvo *Diana*,

Uno será mío, ya lo aparté y se llamará: (Acentuando las palabras) Kemal Pashá.

DON RAMÓN.—(Burlón. Aprobando) ¡Qué bien!.... ¡Qué bien!....

LA NIÑA MARIQUITA.—¡Kemal, don Ramón, Kemal Pashá!, el primer Presidente de Turquía, donde abundan tanto los perros.

DON RAMÓN.—¡Oh, pues su perrito con sólo el nombre infundirá respeto!

CHEMA.—(Sonriendo) Se entiende, entre sus congéneres.

CONCHITA.—A usted también le obsequiaremos un perrito, Chema.

CHEMA.—Le agradezco mucho, Conchita, pero yo no soy aficionado a los cariños caninos.

EMILIA.—(A Chema, con malicia) ¡Picarón; ya sé lo que usted ama con pasión ardiente!....

CHEMA.—Amo la soledad; soy solo, y ser solo es ser libre. "Soledad es libertad", dice Vargas Vila.

DON RAMÓN.—(Levantándose) Soledad es.... (Dándole palmaditas a Chema en la espalda) ser picarón.... Conversen; voy a tomar un poco de té (Mutis por una de las puertas laterales).

La Niña Mariquita hojea una de las revistas que están en la mesa. Emilia se levanta y va al espejo a coquetear con su imagen; luego se asoma al balcón y vuelve al espejo. Conchita conversa con Chema.

CONCHITA.—(Coloca el libro sobre la mesa del centro y vuelve a sentarse) ¡Qué triste es María, la de Jorge Isaacs, Chemita! (Por el libro que coloca en la mesa) Es la novela que estoy leyendo ahora. ¿Ya la ha leído usted?

CHEMA.—Hace mucho tiempo.

CONCHITA.—Yo ayer la empecé y me ha entristecido mucho. ¡Cuánto sufrió esa pobre muchacha!

CHEMA.—Mucho.

CONCHITA.—Se acuerda de aquella parte, cuando el muchacho que se iba a casar con ella.... (Pensativa) ¿Cómo se llamaba este hombre, Dios Santo?

CHEMA.—Efraín.

CONCHITA.—¡Ese Efraín! Ay, así se llamaba. Le cantaba una tonada muy bonita, en que le decía que había soñado que andaba por un bosque de cocos y que unas mujeres, llamadas hadas, le

habían dicho que nunca se iba a morir, si ella, la muchacha, lo quería.

CHEMA.—(Recitando) "Qué me harán inmortal si me amas tú".

CONCHITA—¡Exactamente! Eso le platicaban. Y en seguida, cuando él y ella se ponían a contarse cuentos detrás de la cocina se les aparecía un zopilote que no los dejaba tener vida. Apenas los veía juntos, el maldito zope les picaba la cabeza.

CHEMA.—(Sin poder contener la risa) ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¡Qué bien ha comprendido usted la obra!

CONCHITA.—(Siguiendo el relato).... Y cuando el papá, que era un viejo muy bravo, mandó a Efraín a estudiar al Japón, cómo se quedó la pobre María: sólo llorando y llorando y llorando....

CHEMA.—Dígame, ¿y todas las amigas de usted, así como usted interpretan las obras que leen?

CONCHITA.—No crea; hay unas muy tontas que no se fijan. Como cuando uno tiene dinero, lee sólo por matar el tiempo.

LA NIÑA MARIQUITA.—(Alborozada) ¡Ay, así como éste! (A Emilia y a Conchita) ¡Vengan vean que lindo, que requetelindo figurín! (Emilia y Conchita van a ver la revista).

EMILIA.—(Viendo el figurín y fingiendo pudor) ¡Jesús, Niña Mariquita! Eso está muy escotado y las enaguas muy cortas.

CONCHITA.—(Viendo el figurín) Pero esa es la moda.

LA NIÑA MARIQUITA.—¡Esto es lo chic!

CHEMA.—(¡Qué mujeres!)

EMILIA.—(Sentándose cerca de Chema) Y a usted, Chema, ¿cómo le gustan las enaguas: anchas o angostas?

CONCHITA.—(A Chema, sentándose) ¿Largas o cortas?

CHEMA.—(Secamente) De ningún modo.

LA NIÑA MARIQUITA.—(Con melindre) ¡Huy, que hombre!....

EMILIA.—¡Qué original!

CONCHITA.—¡Qué melindroso!

CHEMA.—(Sulfurado) Pero, niñas, como diablos quieren que me gusten las enaguas cuando lo que yo uso son pantalones. Sólo falta que me pregunten cómo me gustan los corsés, los camisones y los polvos....

LA NIÑA MARIQUITA.—(Dejando de hojear la revista) Hoy está Chemita insoportable.

CHEMA.—Como ustedes sólo piensan en el lujo, en el baile, en las novelas y en la crianza de chuchos, no se dan cuenta de lo que nos amenaza a todos los habitantes de la ciudad.

EMILIA.—Que ya viene la guerra, sin duda.

CONCHITA.—Y que Chema va a ir a pelear.

CHEMA.—Ojalá fuese eso, porque al menos sólo pereceríamos los hombres. Pero se trata de un flagelo, de varios flagelos que no respetan sexo ni tamaño, ni a ricos ni a pobres. Ya tenemos el primero: la viruela, y como la higiene no se conoce aquí, pronto se desarrollarán en gran escala la tisis, la fiebre amarilla, la tifoidea, el paludismo y otras calamidades, por falta de precaución y caridad.

LA NIÑA MARIQUITA.—¡Las siete plagas de Egipto!

EMILIA.—(Petulante) Pero todo eso sólo a la gente pobre busca, porque no se asea.

CONCHITA.—(Idem) A nosotras no nos importan las enfermedades; para eso tenemos dinero y nos sobrarían médicos.

CHEMA.—Está bien que ya me hayan confesado sus sentimientos. Eso quería saber, y por eso no les hablé desde que llegué del objeto que me trae hoy a su casa, porque, antes, quería sondar sus corazones. (Cambiando de tono) Hace tres días se fundó en mi barrio un comité para colectar fondos y construir un lazareto y otros establecimientos de beneficencia que tanta falta nos hacen; y me comisionaron, como amigo de ustedes, para excitarlas a que ayuden en la recaudación de fondos.

EMILIA.—(Despectivamente) ¡Vaya! Sólo eso debía faltar, que anduviéramos de casa en casa, pidiendo pisto para tísicos y (Recalcando) virgüelientos.

CONCHITA.—Yo sólo para el picnic con que obsequiamos a los esposos Orejón, recuerdo haber salido a colectar la contribución entre las amigas. ¡Y qué gozamos en esa fiesta! (A la Niña Mariquita) Entonces fué que debutamos con el tango argentino.

LA NIÑA MARIQUITA.—(Alborozada) ¿Y cómo quedaron? ¿No se equivocaron en la vuelta de cima, en que la pareja baila espalda con espalda?

EMILIA.—Quedamos divinamente; y todos los elogios fueron para usted. (Con burla disimulada) para nuestra simpática profesora de baile.

CHEMA.—(Por la Niña Mariquita) (Con razón esta veterana tiene el talento en los pies).

LA NIÑA MARIQUITA.—¡Ay, qué lindo! En la semana próxima ensayaremos el «Tumbito de mar», un fox originalísimo, requetechulo, que está haciendo furor en La Habana.

CHEMA.—(Se levanta y coge su sombrero) Yo me retiro.

CONCHITA.—(A Chema) No se vaya; espere a papá, tal vez le da algo para ese su comité.

EMILIA.—Si a papá no le gustan esas cosas. A él háblenle de carreras de caballos, de juego de gallos, de boxeo, de ruleta, de casino, y lo verán siempre dispuesto. (Viendo a una puerta) En fin, aquí viene....

DON RAMÓN.—¿A ver, de qué se trata?

CONCHITA.—De que si das una contribución.

DON RAMÓN.—(Complaciente) ¡Bueno! ¿A quién van a banquetear?, ¿quién se casa?, ¿quién cumple años?

CHEMA.—De nada de eso se trata, don Ramón. Ya le conté que nos ha invadido la viruela, y para combatir ésa y otras epidemias, se ha fundado un comité, el cual me comisionó para solicitar de Emilia y Conchita su cooperación en la recaudación de fondos. Se piensa construir un lazareto y otras obras que son de suma necesidad entre nosotros.

DON RAMÓN.—¡Qué necesidad ni qué canilla de muerto! Yo no doy a mis hijas para que vayan a mendigar, ni aflojo mi dinero para que se cure otro: ¡el que se fregó se fregó!

LA NIÑA MARIQUITA.—Es la verdá; ¡el que se murió se murió!

DON RAMÓN.—Y vos, Chema, dejá de andar metiéndote en esas cosas. Es verdad que sos de barrio, pero sos joven apreciable, que por tus cualidades has logrado a subir hasta casas como la mía.

CHEMA.—(Despidiéndose y tendiéndole a cada uno la mano, diciéndoles con ironía) (A Don Ramón) Me retiro y le deseo buena suerte con las muelas de Santa Apolonia. (A Conchita) Siga compadeciendo a Efraín y María. Yo compadezco el sentido común. (A Emilia) Buen éxito en tango argentino y «Tumbito de mar». (A la Niña Mariquita) Mis felicitaciones por sus triunfos en el arte coreográfico. (Medio mutis).

EMILIA Y CONCHITA.—No deje de venir, Chema.

CHEMA.—(En la puerta) Sí.... volveré.... ¡Jamás! (Mutis).

CONCHITA.—(Por Chema) ¡Ah, maricón!....

EMILIA.—(Idem) Tan metido en todo....

LA NIÑA MARIQUITA.—(Idem) Repugnantísimo....

DON RAMÓN.—(Idem) Y habladorísimo....

CONCHITA.—(Parándose) Sólo vino a quitarnos el tiempo.

EMILIA.—(Parándose) ¿Qué hora es, papá?

DON RAMÓN.—(Viendo su reloj) Las 7 p. m., en punto.

EMILIA.—Las diez y nueve, se dice ahora, papá.

DON RAMÓN.—Se dice como se diga, me es igual. (Saca la cartera y cuenta en silencio sus billetes).

CONCHITA.—Ya va ser hora de irnos al concierto del parque.

LA NIÑA MARIQUITA.—Vayan a prepararse para que nos vayamos. (Va al espejo a contemplarse). (Conchita y Emilia se van).

CONCHITA.—(Haciendo mutis cantando:)

Las sombras
de una noche triste
sobre mi alma enferma....

LA NIÑA MARIQUITA.—(Frente al espejo) ¡Ay, qué linda es La Traviata! Cada vez que la oigo me pongo melancólica, como una rama de ciprés. (Suspirando) ¡Cuántos recuerdos, Dios mío! (Sin ver a don Ramón) Y usted, don Ramón. ¿cuántos amores tuvo?

DON RAMÓN.—(Terminando de contar sus billetes) Mil quinientos (Se echa en la bolsa la cartera con los billetes).

LA NIÑA MARIQUITA.—(Volviéndose rápidamente a don Ramón) ¡Huy, huy, huy!

DON RAMÓN.—¿Y qué decía, Niña Mariquita?

LA NIÑA MARIQUITA.—Que cuántos amores tuvo.

DON RAMÓN.—Jamás he amado. A mi difunta esposa la quise, pero sólo la quise. Amar es diferente.

LA NIÑA MARIQUITA.—(Abanicándose) Pues yo sí. (Tocándose el pecho) Este corazón ha palpitado como no tiene usted idea. Mi último tenorio fué el representante de una compañía de ópera. Por eso, cada vez que oigo La Traviata, siento una indefinible impresión. ¡Ay! ¿No sabe usted de qué murió La Traviata?

DON RAMÓN.—No he tratado de averiguarlo, Niña Mariquita. (Tocándose la cartera) Esto es lo que a mí me interesa. Esta noche haré en el casino que se me rindan los más lagar....

LA CRIADA.—(Asustada, interrumpiendo a don Ramón) ¡Don Ramón, la Niña Conchita está escupiendo sangre!

DON RAMÓN.—(Alarmado) ¿Y eso? ¡Vamos a ver! (Se va ligero).

LA NIÑA MARIQUITA.—(Sigue a don Ramón, abanicándose y tarareando).

Las sombras
de una noche triste
sobre mi....

(TELON)

# ACTO SEGUNDO

• •

*La escena representa la sala de una familia pobre.*

*Al levantarse el telón están en escena: Pablo, escribiendo en una mesa, sobre la que estarán inclinados Toña y Rafael, viendo lo que escribe Pablo. La Señora Rebeca está sentada, remendando unos pantalones. Es de día.*

TOÑA.—(A Pablo, cambiando de postura y fingiendo desagrado por lo que acaba de leer en el escrito de aquél) No, no, así no le pongás. De seguro va a pensar que yo te dije para que me publique en el diario.

RAFAEL.—(A Toña) Dejalo que así le ponga. Pablo y don Chema son muy amigos.

TOÑA.—Pero a mí no me gusta.

SEÑORA REBECA.—Vaya, Toña, ya vas a pelear....

PABLO.—(Deja de escribir. A la Señora Rebeca). Figúrese que no le gusta que la llame simpática y virtuosa.

SEÑORA REBECA.—(Por lo escrito) A ver, lean como quedó.

PABLO.—(Leyendo) "Estimado don Chema: El próximo 13 del corriente será el cumpleaños de Toña Hernández, nuestra simpática y virtuosa amiga. Lo invitamos para que ese día venga a honrar la casa con su presencia y la de algunos compañeros. Tendremos un rato de música y la concurrencia de encantadoras muchachas. Su afectísimo amigo.—*Pablo Reyes*".

SEÑORA REBECA.—Está buena. Mándensela. (Pablo echa en un sobre la carta y le pone el sobrescrito).

RAFAEL.—(Cogiendo su sombrero y poniéndoselo) A ver se la llevo yo. (Toña se sienta a hacer cigarrillos).

PABLO.—(Dándole la carta a Rafael) En la Alcaldía, que es donde está ocupado, lo vas a encontrar. Es hora todavía de que no haya salido.

RAFAEL.—Ya vuelvo. (Mutis).

(Pablo saca de la bolsa un cigarrillo y fuma).

TOÑA.—(A Pablo) ¿Y hoy en la tarde no fuiste a trabajar?

PABLO.—Estuve un rato en el taller, pero luego me acordé que te había ofrecido escribirle la invitación a don Chema, y antes de que se me olvidara, me vine para que me vieras con tus propios ojos escribirla y mandársela, para que después no dijeras que era mentira.

SEÑORA REBECA.—Y de seguro don Chema va hacer que publiquen el cumpleaños en un periódico.

TOÑA.—Por eso es que yo no quería que le pusiera «simpática», porque así va a salir publicado.

PABLO.—(A Toña) ¿Así es que no sos simpática?

TOÑA.—(Bajando los ojos) Qué voy a ser....

PABLO.—Y virtuosa, ¿has de decir que no sos también?

TOÑA.—(Mirando a Pablo dulcemente y bajando en seguida los ojos) Bueno...., eso sí.

SEÑORA REBECA.—Vieras, Pablo, que yo creo que ese don Chema es un joven muy honrado.

PABLO.—Honrado e inteligente. Ese sí a los obreros nos quiere de verdad; no es como tantos hipócritas que nos adulan mientras quieren explotarnos, y cuando ya están arriba nos dan de puntapiés. Don Chema, no; es un muchacho correcto, de humilde cuna, que a puro esfuerzo suyo, sin que nadie le ayude, va subiendo muy alto. Tiene un gran corazón y le sirve a todo el mundo. Los pícaros, ya porque él no anda en francachelas, lo calumnian, y muchos lo creen hasta maricón: pero es todo un hombre, cuando se necesita serlo. En la época en que se desarrolló aquí la viruela se portó notablemente con los pobres. Es que como él se junta con todos nosotros, conoce a fondo nuestras pobrezas, nuestros sufrimientos, todas nuestras luchas por la vida. (Con amargura) ¡Los ricos, qué!.... ¡Esos no saben lo que es dolor!

SEÑORA REBECA.—(Suspirando) ¡Esa es la vida!

PABLO.—Pero llegará el día de la redención. Los obreros ya tenemos escuelas, bibliotecas, cajas de ahorro y periódicos. Deje usted, que de aquí unos años nuestros hijos se habrán salvado. Entonces la fraternidad nos mostrará sus beneficios, y la caridad

siempre tendrá tendido su manto, porque en el corazón de los humildes es en donde las virtudes tienen su altar.

TOÑA.—Los ricos sólo gastan su dinero en fiestas.

PABLO.—Está bueno que se divirtieran, pero no es humano que se olviden de las obras de misericordia.

SEÑORA REBECA.—Porque de la desgracia nadie está libre.

PABLO.—Y menos de las enfermedades, que no respetan dinero, tamaño ni pellejo.

TOÑA.—Y el que hoy está bien sentado, mañana, sin saber a qué hora, da de narices....

PABLO.—Lo que le ha pasado a muchos. Ahí está don Ramón Anchorena que vivía engreído en su capital, gastando sólo en lujo para sus hijas, preocupándose únicamente al juego; y ahí lo tienen ahora en las latas, sableando a medio mundo.

SEÑORA REBECA.—Todos esos son ejemplo que Dios pone, para que nos miremos en ellos como en un espejo.

TOÑA.—Y de las hijas de ese don Ramón como que no se casó ninguna....

PABLO.—¡Y quién las iba querer para esposas....! Y hoy menos. Por ejemplo, yo, aunque me hubiera pagado el viejo por casarme con una de ellas, hubiera preferido a una lavandera. (Con desdén) Muchachas criadas en la holganza, que sólo pasaban pintándose, viéndose en el espejo, asomándose al balcón veinte veces al día, pensando sólo en modas.... ¡quién diablos se iba a hacer cargo de semejantes monas!

SEÑORA REBECA.—Ve, Pablo, todo eso se debe a la falta de madre. La de esas muchachas murió cuando ellas estaban pequeñitas.

PABLO.—No crea, Señora Rebeca, eso se debe a la falta de una buena educación. Hoy la escuela cura hasta el atavismo; es decir, hasta los vicios que los hijos heredan de sus padres. Esas muchachas, ¿qué educación recibieron? Leer novelas, que ni entendían, coquetear, brincar al compás de una victrola y burlarse de toda alma nacida. (Pausa).

LA SEÑORA REBECA.—(Levantándose) ¡Vaya, ya acabé este remiendo! (Dobla los pantalones y los coloca sobre un mueble). (A Toña) A ver, dame un poco de tabaco; te voy ayudar.

(Toña le echa el tabaco. La Señora Rebeca se sienta).

RAFAEL.—Dijo que ya iba a venir (Pone el sombrero sobre la mesa y se sienta).

SEÑORA REBECA.—(A Rafael) ¿Dónde lo encontraste?

RAFAEL.—En la Alcaldía; ya estaba para salir, platicando con el doctor Viruta. (Pausa). Aquí traigo «El Diario» (Saca un periódico de la bolsa).

PABLO.—(Quitándole a Rafael el periódico) A ver qué trae de nuevo.

(Rafael se pone a fumar un cigarrillo).

PABLO.—(Desdobla el periódico y lo ojea) «Los bolcheviques ahorcaron 28 duques en Moscou.... «Vuelo de un ángel».... «El chapulín haciendo estragos».... «Sociales y personales».... «Deudores morosos».... «Nuestro progreso y los obreros». (Con interés) "Hace apenas un mes fueron inaugurados los establecimientos de beneficencia de que hablamos ayer, y ya muestran su gran utilidad. Aquellos cuadros de miseria que diariamente se veían en las calles, de infelices niños huérfanos, de locos y pordioseros, muchos de éstos víctimas de enfermedades contagiosas, han desaparecido, gracias a los elementos de la clase popular que con tanto empeño se pusieron a trabajar por llevar a cabo tan importantes obras. Ahora los desheredados de la fortuna ya tienen un lecho que hará menos penoso su estado, y ahí son atendidos y consolados por Hermanas de la Caridad, esos ángeles de la tierra hechos de bálsamos y abnegaciones. Las sociedades de obreros son las que más han contribuido para estos adelantos que hablan muy bien de la cultura de un país. ¡Bendita, bendita sea mil veces la Caridad!"

SEÑORA REBECA.—¡Qué bueno todo eso!

RAFAEL.—(Aplaudiendo) ¡Magnífico! ¡Vivan los obreros!

CHEMA.—¡Qué vivan! Buenas tardes. ¿Qué tal?

TODOS.—Buenas, don Chema.

(Chema les da la mano a todos, diciéndoles palabras afectuosas, y se sienta).

CHEMA.—Conque el 13 tendremos unas horas de solaz.

TOÑA.—Pablo dice que va a traer la música.

PABLO.—Y bailaremos, aunque sea dos horas.

CHEMA.—(Con intención, a Toña) Pero en la fecha aquella.... toda la noche, ¿verdad, Toña? Ya le dije a Pablo que cuente de mi parte con la orquesta.

SEÑORA REBECA.—No, don Chema, no se vaya a molestar tanto.

CHEMA.—Sí para algo voy a ser padrino, Señora Rebeca.

TOÑA.—Gracias, don Chema.

CHEMA.—Sí, señores, los pobres tenemos también derecho a divertirnos, aunque sea de tarde en tarde, y mucho más cuando se trata de celebrar una boda como la de Pablo y Toña.

PABLO.—Gracias, don Chema.

CHEMA.—Ese día echaremos la casa por la ventana, y cerraremos la fiesta con un broche digno del corazón del pueblo; es decir, de nuestro propio corazón. Haremos una contribución entre todos los concurrentes y la enviaremos a los centros de caridad para ayudar al consuelo de tanto infortunado.

RAFAEL.—Yo iré a dejarla, para que vean que en el casamiento de mi hermana no sólo se trata de chupar.

SEÑORA REBECA.—No, mijo, la vas ir a dejar sin decir quién la manda. La caridad es una madre que a nadie cuenta los favores que hace a sus hijos.

RAFAEL.—¿Y cómo los ricos cuando por casualidad les dan algo a los pobres, se lo cuentan a todo el mundo y lo publican en los periódicos: que don Fulano por aquí, que doña Fulana por allá, y tal vez lo único que dan son frijoles podridos que ellos no se han podido comer?

CHEMA.—Lo hacen por pura vanidad.

TOÑA.—No, don Chema, hay algunos que de verdad son caritativos.

PABLO.—Pero son contadísimos.

CHEMA.—Y más no saben que esos centros de beneficencia a ellos mismos los pueden socorrer; porque, ¿quién responde del destino?

(Rafael se levanta y va a la puerta para arrojar la collilla del cigarrillo que está fumando, quedándose viendo la calle).

PABLO.—¡Nadie!

SEÑORA REBECA.—Es la pura verdad. Nadie puede gloriarse.

RAFAEL.—(Interrumpiendo) ¡Vengan vean a un hombre caído aquí en la calle!

(Todos van a la puerta).

TOÑA.—(En la puerta, viendo la calle) Ha de ser algún bolo....

CHEMA.—(A Pablo) Vamos a levantar a ese infeliz.

(Chema, Pablo y Rafael salen. Toña y la Señora Rebeca se quedan en la puerta. Pausa).

TOÑA.—No, mamá, no está bolo.

SEÑORA REBECA.—A ese hombre es que le ha dado un ataque. (Levantando la voz) Tráiganlo. Démosle algo.

(Toña corre a echar en un vaso dos huevos).

(Pablo y Chema entran con el desconocido, sosteniéndolo. Rafael trae el sombrero. Lo sientan y le dan los huevos. El desconocido los bebe).

PABLO.—Esto lo reanimará.

(El desconocido se reanima y tose).

CHEMA.—¡Pobre; es un tuberculoso!

RAFAEL.—Hay que llevarlo al hospital de los tísicos. (Le pone el sombrero con mucho recelo).

(La Señora Rebeca, con el vaso en la mano, hace un gesto de asco; Toña lo mismo. Rafael le dice aparte a la Señora Rebeca, para que no oiga el desconocido): Echele agua hirviendo a ese vaso y en seguida arrójelo al número 100.

CHEMA.—Sin pérdida de tiempo, señores, hay que acompañar a este enfermo hasta dejarlo en el Pabellón de Tuberculosos. (Sacando papel y lápiz de su cartera). Pero antes apuntaremos su nombre y sus generales, para que no lo detengan en la portería. (Hace ademán de escribir. Al desconocido) ¿Cómo se llama usted, señor?

EL DESCONOCIDO.—(Con voz cavernosa) Ramón. Tose, y Rafael, que está cerca, da un brinco).

CHEMA.—¿Y su apellido?

EL DESCONOCIDO.—Ramón Anchorena.

TODOS.—(Asombrados) ¡¡Ramón Anchorena!!

SEÑORA REBECA.—¡Jesús! Pero está inconocible.

RAFAEL.—¡Es que con ese mal es la bruta!

SEÑORA REBECA. — (Reprendiendo a Rafael) Callate muchacho.

TOÑA.—¿Y sus niñas, don Ramón?

DON RAMÓN.—Enfermas, también.

CHEMA.—(A don Ramón) ¿Y la Niña Mariquita, aquella profesora de baile?

DON RAMÓN.—En el manicomio.

CHEMA.—Era donde tenía que ir a parar. (Corta pausa) ¿Me reconoce, don Ramón?

DON RAMÓN.—Sí, Chemita. (Con voz desfallecida) Estoy.... muy débil.... y hoy.... salí de mi casa.... en busca.... del hospital.... y caí.... hace poco.... ahí.... (indicando la calle).

CHEMA.—(A don Ramón) Ya lo vamos ir a dejar al hospital. (Escribiendo) "Ramón Anchorena, de.... (a don Ramón) ¿cuántos años de edad, don Ramón?

DON RAMÓN.—Cincuenta....y dos.

CHEMA.—(Escribiendo) De cincuenta y dos años de edad, viudo, originario de esta ciudad", (dobla el papel). Bueno; basta.

PABLO.—(Quitándole el papel a Chema) Rafael y yo lo vamos ir a dejar. (Rafael hace ademanes de que no quiere ir porque le teme al contagio; pero su madre lo amenaza y entonces obedece).

RAFAEL.—(Poniéndose su sombrero) Bueno. Vamos. (A la Señora Rebeca, en tono confidencial) Pero ténganos algo a la vuelta.

(Chema le compone bien el sombrero en la cabeza a don Ramón. Pablo y Rafael lo cogen por los brazos. Don Ramón tose, y Rafael da un brinco).

PABLO.—(A Rafael) Agarralo bien, hombre; ve que no se vaya a caer. (Salen con él despacito por la escena. La Señora Rebeca, Toña y Chema se asoman a la puerta a verlos caminar).

SEÑORA REBECA.—(Por don Ramón) ¡Pobrecito! Ya tendrá un lecho misericordioso donde acabar con su triste destino. (Pausa. Todos miran a la calle).

CHEMA.—(Señalando) ¡Vean con qué esmero lo llevan los muchachos!

TOÑA.—(Alzando la voz) ¡Eso se llama caridad!

CHEMA.—(Inspirado) ¡Eso.... Eso se llama EL CORAZON DEL PUEBLO!

(TELON)